

que para los grupos nativos significaba esta colonización e hicieron lo posible por constituirse en un grupo de intermediación que protegiera de alguna manera sus intereses.

Fernando Santos G.

GRAHAM, Richard, y SMITH, Peter H. (editores), *New Approaches to Latin American History*, University of Texas Press, Austin, Texas, 1974, 275 págs.

Más que la acumulación de nuevos datos, la historia consiste fundamentalmente en la interpretación de los datos. *New Approaches* es una colección de nueve ensayos de distintos autores que pretenden presentar nuevas y originales maneras de interpretar la historia de América Latina. Los autores son historiadores norteamericanos, especialistas en América Latina — y precisamente todos discípulos de Lewis Hanke a quién dedican el libro— que intentan enriquecer la historiografía latinoamericana con algunos de los últimos avances de la ciencia histórica en Norteamérica, sobre todo en el área de la historia social. Los ensayos no son, por lo tanto, estudios sobre la historia de América Latina, ni mucho menos resúmenes de estudios anteriores, sino reflexiones críticas que plantean nuevas metodologías e interpretaciones para contribuir a la tarea de concebir y escribir la historia de América Latina.

Algunos de los ensayos, por ejemplo, examinan cuáles han sido las posibles relaciones entre los factores socio-económicos y la política. El profesor Stuart Schwartz explora los usos posibles de la ciencia de la “prosopografía” (biografía colectiva) para hacer comprender mejor las relaciones sutiles y “no oficiales” entre el Estado y la sociedad en la época colonial. Schwartz subraya el hecho de que los miembros de cada institución —la Iglesia, las audiencias y los cabildos— exhibían ciertos rasgos comunes que los identificaban como grupo social distintivo. Este tipo de enfoque amplía posibilidades de investigación, e incidentalmente apoya la tesis de que la sociedad colonial se basaba no tanto en el individuo, ni la familia y la clase social, sino en distintos grupos sociales unidos por intereses comunes.

En otro ensayo, Frank Safford cuestiona las interpretaciones tradicionales para la historia política del siglo XIX, según las cuales los grupos políticos se dividían entre “liberales” o “conservadores”, o capitalistas y pre-capitalistas. Más bien, el autor postula como nuevo criterio el acceso de un individuo o una región a las estructuras de poder. Así, los “conservadores” eran los que tenían mayor acceso a los centros tradicionales del poder (el Estado y la Iglesia), y los

“liberales” eran los grupos emergentes que se encontraban hacia la periferia del poder, sin pertenecer por supuesto a las clases populares. Según este criterio más flexible, un conservador podría ser un capitalista progresista en algunas áreas, y un conservador tradicionalista en otras. El gran conservador mexicano Lucas Alamán, por ejemplo, consideraba un Estado fuerte y una Iglesia fuerte como una necesidad para el desarrollo ordenado de México, lo cual incluía el progreso económico e industrial. El liberal, en cambio, juzgaba al Estado centralizado como una amenaza para el desarrollo de nuevas industrias.

Tocando un tema más específico, Richard Graham analiza la relación entre los hacendados y el poder político en el siglo XIX. Para este autor, la afirmación marxista de que el poder político se reduce al poder económico es demasiado simplista, pues no se basa en estudios empíricos. En determinados casos un hacendado puede expresar los sentimientos de los otros cuando toma el poder directamente, como un Juan Manuel Rosas en Argentina. Pero en otras regiones y bajo otras circunstancias los hacendados parecen como un grupo pasivo que raras veces expresa su opinión política. La tarea del historiador debe consistir en definir cuáles son los verdaderos “grupos de interés” (hacendados-comerciantes banqueros) y luego determinar qué grupos ejercen el poder y cuáles son sus mecanismos de dominación.

Otros ensayistas enfocan temas referentes a las clases populares. John Lombardi examina críticamente las distintas tesis de Frank Tannenbaum, Stanley Elkins, Marvin Harris y otros sobre los diferentes sistemas de esclavitud en las Américas. El autor concluye con la observación de que hasta ahora los estudios comparativos de la esclavitud han incurrido demasiadas veces en generalizaciones, a veces abarcando todo un continente o agrupando todos los esclavos en un sólo sistema (los esclavos en las minas con los esclavos artesanos). Más bien, los historiadores deben concebir la esclavitud como parte integrante de toda la sociedad. A manera de ejemplo, Lombardi alaba el estudio de Stanley Stein en Brasil, *Vassouras* (1957) y el de James Lockhart en el Perú, *Spanish Peru, 1532-1560* (1968).

En el campo de la teoría política, Peter Smith desarrolla algunas reflexiones interesantes sobre el concepto de la legitimidad política. El autor arguye en favor de la adopción de criterios más amplios y realistas que la “democracia” o la “ley” (una tendencia más bien propia de los historiadores norteamericanos) como fuentes de la legitimidad en América Latina. Un caudillo puede gozar de la legitimidad popular, por ejemplo, por razón de su carisma personal (un Fidel Castro) o por su capacidad de gobernar (un Ramón Castilla).

Finalmente, Margaret Todaro Williams, psicóloga e historiadora, resalta la importancia del campo de la “psicohistoria” y sus posibles aportes para el

estudio de la historia latinoamericana. Según la doctora Williams, la “psicohistoria” no consiste en una mera y simple aplicación de Freud a realidades complejas históricas, sino en un intento serio y científico de comprender mejor un individuo o grupo social mediante un estudio de sus características psicológicas, sin excluir otras realidades importantes en la configuración de tal persona o grupo.

La contribución más importante de estos ensayos es la de estimular la imaginación y sugerir nuevas maneras de concebir la historia. Para la historiografía latinoamericana, a veces estancada en esquemas estériles y monolíticos entre la historia tradicional o elitista y ciertas interpretaciones rígidamente marxistas, tal estímulo sería especialmente valioso. Entre estos dos polos hay un mundo de matices, relaciones y motivaciones ambiguas que conviene descubrir y examinar. Para los tradicionalistas, estos ensayos postulan la existencia de un mundo más dinámico en que los conflictos entre grupos de interés forman la esencia del movimiento de la historia. Y frente a una visión mecánicamente clasista, ellos hacen resaltar la verdadera configuración multclasista de estos mismos grupos de interés, ya sean la Iglesia, la burocracia estatal o los inmigrantes recién llegados de Europa. Además, la motivación fundamental de estos grupos tendía a ser más pragmática que ideológica, y en algunos casos ambigua y contradictoria.

La tarea del historiador no consiste necesariamente en simplificar la historia, sino en descubrir las complejidades y sutilezas que caracterizan las relaciones entre los hombres. Al formular estas nuevas perspectivas y maneras de interpretar la historia, los autores de *New Approaches* han ensanchado notablemente el campo de investigación para los estudiantes y a la vez han sugerido nuevos esquemas, más dinámicos e imaginativos, para los profesores de historia latinoamericana.

Jeffrey Klaiber. S.J.

MALAGA MEDINA, Alejandro (ed.) *Fuentes documentales para la Historia de Arequipa, 2do. Propiedades Jesuitas*. Seminario de Paleografía Hispanoamericana de la Universidad Nacional de San Agustín. Arequipa 1978, 119 págs. (mimeo).

Esta edición de documentos del s. XVIII sobre las propiedades jesuitas en Arequipa constituye un esfuerzo de los miembros del Seminario de Paleografía Hispanoamericana de la U.N.S.A. que nos indica cuanto trabajo hay por hacer en lo referente al tratamiento de las fuentes, desde las técnicas paleográficas hasta el